

Animales feroces

Colección Pulpas n.º 31

Narrativa

Primera edición: marzo 2020

Título original: *Animales feroces*

©2020, Manuela Buriel, del texto

©2020, Borja González, de la ilustración de cubierta e interiores

©2020, Aristas Martínez Ediciones

www.aristasmartinez.com

c/ Toledo, 24-B Badajoz 06008

Corrección, diseño y maquetación:

Sara Herculano

ISBN: 978-84-949498-8-3

Depósito legal: BA-185-2020

Impreso en Kadmos

**LA PRESENTE PUBLICACIÓN HA SIDO BENEFICIARIA DE UNA DE
LAS AYUDAS A LA EDICIÓN CONVOCADAS POR LA CONSEJERÍA
DE CULTURA E IGUALDAD DE LA JUNTA DE EXTREMADURA**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

Animales feroces

Una fábula comunista de Manuela Buriel



*A Josefa Ferrer, Antonia Coll, Daniel Valero y José Miñano;
caballo, gallina, toro y oveja.*

El ánimo me impulsa a hablar de formas transformadas en cuerpos nuevos.

Las Metamorfosis (8 d. C.), OVIDIO

Los pies del hombre se hundieron en la arena dejando una huella sin forma, como si fuera la pezuña de algún animal.

El llano en llamas (1950 d. C.), JUAN RULFO

...Entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena.

Las palabras y las cosas (1966 d. C.), MICHEL FOUCAULT

A ella se le ve que algo raro tiene, que no es una mujer como todas. Parece muy joven, de unos veinticinco años cuanto más, una carita un poco de gata, la nariz chica, respingada, el corte de cara es... más redondo que ovalado, la frente ancha, los cachetes también grandes pero que después se van para abajo en punta, como los gatos.

El beso de la mujer araña (1976 d. C.), MANUEL PUIG

Siempre supe que, si me quedaba embarazada, quería que el ser de mi útero fuera un miembro de otra especie; quizá eso resulte ser la condición general.

Manifiesto de las especies de compañía (2016 d. C.), DONNA HARAWAY

otoño



**De cómo la voz de Arcas
explica a su abuela Lucero
su primer día en el Instituto, en el que conoció a Tengu**

—Ahora, con la nueva forma que tienes, me es mucho más fácil mirarte a los ojos cuando hablamos. Antes no lo hacía, ¿recuerdas? Es que, en general, no sé mirar a los ojos de la gente. Creo que no es por timidez, sino por algún tipo de fuerza superior. Con la mayoría de animales no me pasa. Con las hienas, por ejemplo, me ocurre justo lo contrario. Lo descubrí en mi primera visita al zoológico. De entre todos los animales que allí había expuestos preferí las hienas. Me planté delante de su jaula durante un par de horas. Eran dos ejemplares pardos, que rondaban su celda con los lomos pegados, como si fueran un solo ejemplar de ocho patas y dos cabezas. Me quedé hipnotizado. Lo único que sabía entonces de ellas es que solían reír a carcajadas, así lo explicaban en uno de mis libros infantiles favoritos. Sin embargo, aquellas dos hienas no reían, caminaban juntas y en silencio. Madre me insistía en seguir con nuestra visita por el zoológico, prometiéndome ver jirafas y monos. Pero yo me había plantado allí, nada iba a moverme. Mis ojos habían quedado atados a las pupilas afiladas de las hienas; intentaba llamar su atención con un grito mental. Pasado un rato, dos horas tal vez, las dos bestias pararon su deambular y al fin me correspondieron. Entonces

descubrí que una de ellas era tuerta; en la cuenca izquierda le crecía una cicatriz de pelaje blanquecino. Supongo que madre nunca te contó esta historia. Aquellos tres ojos contemplaron mi cuerpo humano: las zapatillas rojas, las costras de mis rodillas, las manos en los bolsillos, el pecho que me latía fuerte, el cuello blanco, la boca entreabierta y mis ojos inmóviles. Yo, que aún no había cumplido los seis años, supe que aquellas dos bestias enjauladas me habían visto por dentro, habían conocido todos mis recovecos, mi más secreta intimidad, y me habían comprendido. De repente empecé a llorar desesperadamente, entre ahogos; como correspondiendo a mi llanto, ambas hienas empezaron a aullar con una risa histérica. Madre tuvo que arrastrarme del brazo, lejos de la jaula, para que todo volviera a la calma. Han pasado diez años, y aún puedo sentir la comprensión y amor que me ofrecieron aquellas dos hienas enjauladas.

Pero no era esto de lo que te quería hablar, sino del Instituto. El año pasado hice el último curso de secundaria, así que este septiembre, poco después de tu fallecimiento, empecé a estudiar fuera, en un Instituto de la Ciudad. Cada día voy y vuelvo en tren, el recorrido dura una media hora. Precisamente, por eso de no saber mirar a los ojos de la gente, durante los trayectos siempre dirijo mi mirada a través de la ventana, nunca al resto de pasajeros. En estas pocas semanas ya he memorizado el paisaje.

—*Debe ser muy distinto al que yo recuerdo. ¿Cómo es ahora el camino hasta la Ciudad?*

—Es una zona industrial, llena de fábricas y carreteras; pero a mí me parece bella. Al principio, junto a los raíles, solo crecen malas hierbas. Después llegan los cañaverales. Entre las cañas he visto las viviendas de algunos chabolistas, hechas

de cartón y madera. Tras la vegetación se adivina el río. Pronto pasamos junto a las fábricas. Puedo ver la fundición, donde trabaja padre. En un gran descampado se acumulan montañas de acero, formadas a partir de pequeños trozos de coches viejos y lavadoras estropeadas. Detrás asoma el humo que brota de sus chimeneas; es un humo negro y espeso que se mezcla con las nubes. Pasadas las fábricas, durante una parte del trayecto no hay nada interesante. Algunos edificios nuevos y palmeras altas, poco más. Según se acerca el tren a la Ciudad, los puentes y las paredes de cemento de la carretera paralela a la vía se llenan de pinturas grafitadas, que forman palabras ininteligibles, unas escritas sobre las otras. Entonces, al alejarnos del río, la vía queda escoltada por inmensos bloques de pisos. Tan cercanos que la ropa que los vecinos cuelgan en sus ventanas roza el vidrio del tren; cuando paso por ahí siempre pienso en la gente que duerme y vive en esas habitaciones, en cómo deben combatir el ruido. Finalmente, el tren se interna en un túnel sin luz, sobre el cual se alza la Ciudad.

La verdad es que el primer día de clase no vi nada de todo esto. Tenía los ojos nublados por la rabia. Mis padres me inscribieron en el centro privado de la Ciudad en contra de mi voluntad. Ellos no lo entienden, pero la decisión me afecta *muy profundo*. El trayecto desde casa hasta el centro en total dura una hora; cuando de haberme matriculado en el Instituto de aquí, del Pueblo, hubiese supuesto poco más de quince minutos a pie. Me distanciaré de mis amigos, que me han acompañado desde párvulos. Todos ellos continuarán juntos, excepto yo. Y a Simón Pedro, a él lo han internado en un centro aún más lejos que el mío, allí en la Capital. Es como si nuestros padres hubieran querido crear una distancia insalvable entre nosotros; como si eso pudiera ayudarnos. Para terminar, el último de los

males, es que en la institución privada donde me han inscrito me encuentro entre una gente muy diferente a mí y los míos.

Me di cuenta desde que los vi por primera vez, agrupados en la acera frente al Instituto, esperando la hora de entrada. Deberías conocerlos, de verdad. En un primer momento lo que más llamó mi atención fue cómo se movían. Yo me quedé en la acera contraria, observándolos. Me sorprendieron sus figuras bien erguidas. Diría que sus brazos apenas se balancean al caminar. Y los dientes. Muestran mucho los dientes cuando hablan o ríen. Aunque lo peor son sus ropas... ¿cómo te diría para que tú entendieras, abuela? Son chicos ricos que quieren pasar por pobres, o algo así. Pero huelen diferente, en general, un olor a azúcar de feria les delata.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el inicio de las clases, esperé a que entraran todos. Y justo antes de que un hombre cerrara la puerta con un gruñido, pasé adentro. Ahora sé que es el conserje del centro, su nombre es Enomao. Siempre escupe las palabras y gruñe continuamente, pero creo que es un buen hombre. Tiene ya una edad, supongo que no le faltará mucho para la jubilación; pero es alto y se conserva musculado, además luce una buena cabellera blanca. Pienso que su mal humor se debe a tener que trabajar para los profesores y el alumnado de aquel lugar. He observado que la mayoría de ellos se relaciona de una manera *orgánica* con él: parece que no le hablan a Enomao, que en realidad le hablan a sus orejas o, más concretamente, a sus tímpanos; no lo abrazan si han de felicitarlo por algún motivo, más bien rodean su torso con los brazos. O sea, que no conviven con Enomao, sino con lo que su cuerpo hace. No acierto a explicarlo mejor. Las mujeres que se ocupan de limpiar el Instituto son tratadas de modo

similar; pero ellas no gruñen, al contrario, cantan y sonríen. Deben empezar la jornada muy pronto, de madrugada, porque con el inicio de las clases ya casi han terminado su labor, y el edificio tiene cinco plantas, es gigantesco.

—*Yo trabajé muchísimos años limpiando un cine de madrugada; y por las tardes me ocupaba de la casa del médico. No te creas, me gustaba aquel trabajo. En casa del médico no lo disfrutaba tanto; él y su mujer debían creerse marqueses y me tenían prohibido cantar o reír. En el cine, en cambio, me guardaba la radio en el bolsillo de la bata e iba escuchando las primeras noticias del día, que rebotaban en mi pecho; ya de mañana sintonizaba una emisora donde daban zarzuela. Recogía palomitas, cáscaras de pipas, gomas de mascar enganchadas bajo los asientos, mientras cantaba a voz en grito La chichanera. «Las flores que yo cuido tienen por brisa, tienen por brisa, los tiernos suspiritos del alma mía». De vez en cuando descubría pequeños tesoros: unas monedas, una cartera llena de billetes o un anillo de compromiso fechado cincuenta años atrás; también recuerdo encontrar cosas muy raras, como un zapato de hombre sin sus cordones o un bastón para ciegos; en una ocasión, di con un reloj de oro que regalé a tu abuelo. Creo que ha sido el mejor regalo que le pude hacer nunca. A él le daba mucha rabia no poder lucirlo en la plaza o cuando iba al bar; por el miedo a que su verdadero dueño lo reconociera; en casa, en cambio, lo llevaba siempre, y aun en invierno se arremangaba el brazo izquierdo para que se lo viéramos bien. Justo antes de morir le dijo a tu madre que lo enterráramos con el reloj, pero oculto bajo la manga de la camisa de mudar.*

—No llores, abuela.

—*Estos tesoros que encontraba me animaban en mi trabajo, la verdad; además, mi cine no era muy grande, por lo que no me cansaba demasiado. Con esas mujeres debe de ser distinto, ¿cuántas son?*

—No lo sé exactamente, me ha parecido ver a cuatro o cinco. Es que el Instituto es enorme. Tiene cinco plantas, cada una con nueve aulas. Leí que el edificio se construyó en el siglo XIX: el acero de las puertas y ventanas se ve viejo, el suelo tiene una cenefa de otra época, los techos son altísimos y las paredes están pintadas de un blanco inmaculado. El vestíbulo es circular, a la manera de una plaza de toros que dispusiera de aulas en lugar de gradas; todo cubierto por un colorido mosaico de vidrio. La luz del sol, al filtrarse a través de la cristalera del techo, ilumina el interior en tonos verde y escarlata. Esto me recordó a una catedral.

Sabía que debía dirigirme al aula 23 y no creí que resultara difícil encontrarla. De hecho, desde el mismo vestíbulo pueden contemplarse las puertas, identificadas mediante números romanos. Pero, al mirar hacia arriba en busca de mi destino, la arquitectura y la luz del lugar se metieron en mis ojos y me provocaron un vértigo desorientador. Decidí seguir a la multitud. El resto de estudiantes parecían saber perfectamente cuál de las dos escaleras que dan acceso a las diferentes plantas debían escoger; yo, al azar, opté por la de la izquierda. La semana pasada el profesor de Ciencias Naturales nos explicó que la disposición en trenza de las escaleras recreaba la estructura del ADN, pero esto no tiene mucho sentido porque cuando se construyó el edificio aún no se conocía la teoría de la doble hélice. En las barandas de cada piso y en las de las escaleras, se enredan unas hiedras, con unas flores amarillas del tamaño de un puño, que cuelgan en el vacío como las lianas de la selva. La estructura interna del edificio podría recordar a una cárcel, si las cárceles fueran palacios silvestres.

Como te decía, al final logré llegar a la segunda planta, y encontrar mi aula asignada; es muy amplia: en el colegio, la

mitad de espacio lo compartíamos el doble de alumnos. Aquí solo somos dieciocho. Cuando entré, el resto de muchachos y muchachas habían ocupado una mesa; quedaba una libre en el extremo derecho de la penúltima fila, allí me dirigí con la cabeza gacha. Nadie advirtió mi entrada, ya que hablaban entre ellos animadamente. La mayoría ya se conocían: han estudiado en los mismos colegios o viven en el mismo barrio residencial, o sus padres son viejos amigos de la infancia o han crecido en las mismas organizaciones juveniles. Mientras ocupaba mi lugar, escuchaba sus conversaciones. Se contaban los viajes que habían hecho en las vacaciones recién acabadas. Uno había ido a Londres, otra a California, o a Tokio, Nueva Orleans... Lo cierto es que no parecían entusiasmados con aquellos exóticos destinos; en ningún momento describían lo que allí habían visto o hecho, simplemente enumeraban los lugares visitados. También hablaron de las chicas o chicos que habían conocido. Y de lo que se habían echado en falta los unos a los otros, dándose golpes en el pecho o besos en las mejillas. Disimuladamente saqué el móvil de la mochila para escribir un mensaje a Simón Pedro. No pudo contestarme, ya que debía haber empezado las clases a quinientos kilómetros de mí, en la Capital. Entonces tuve la certeza, por primera vez, de que me había quedado completamente solo con esa gente extraña. Era desolador. Cuando entró el tutor fue un alivio, pues las voces cesaron, la camaradería se deshizo, y cada uno de nosotros quedó igualmente aislado del resto, sentados frente a nuestras mesas.

El tutor es un hombre joven, muy alto y delgado que deambula constantemente por el aula; como si tuviera que estar todo el rato en movimiento para que no se le desmoronen los huesos. Su voz suena honesta, como surgida de una cueva

limpia. Lo primero que hizo fue escribir en la pizarra, bien grande, su nombre y apellidos: *Damián Molina Valiente*. Anunció que sería nuestro tutor y profesor de Filosofía; nos explicó sus aficiones: leer, escuchar música, ver la televisión y quedar con los amigos; además destacó que estuvo ejerciendo como docente en un centro penitenciario, algunos años atrás. Después nos invitó a presentarnos de la misma manera, para que el grupo supiera sobre cada uno de nosotros. Apenas atendí a lo que decían los demás; me dediqué a pensar en lo que estaba dispuesto a desvelar sobre mí mismo a tantos desconocidos. Cuando llegó mi turno, me pareció ver un gesto de complicidad en la cara del tutor. Pude advertirlo aunque yo dirigiera mi mirada a su pecho, lejos de sus ojos; me acababa de lanzar un mensaje: sé que eres distinto al resto, pero me ocuparé de que sobrevivas aquí. Ni siquiera recuerdo bien lo que dije. Fui muy breve. Expliqué que a mí también me gusta leer, subrayando la palabra *también*. El tutor me preguntó entonces qué tipo de libros prefería, pero yo no me atreví a concretar; dije que mis gustos eran muy variados. Todos aquellos extraños me miraban fijamente. La voz se me apagó y Damián dio paso al chico de mi izquierda. De nuevo volví a ignorar las presentaciones del resto de alumnos, esta vez mi cabeza repasaba las palabras exactas que acababa de exponer en voz alta. Así fue hasta que una voz femenina se filtró en mis pensamientos; oí que decía: «Yo también dedico mucho rato a leer». Dudé si aquel *también* era un eco del mío. Busqué a la dueña de esas palabras. Quien así se había presentado ocupaba un sitio aún más marginal que el mío: su mesa era la última de todas, arramblada en la esquina izquierda del aula.

—*¿Es guapa?*

—¿Que si Tengu es guapa? Bueno, no lo sé. No especialmente. Pero tampoco es fea. Te parecería muy rara su forma de vestir, de eso estoy seguro. Aquel primer día iba toda de negro, con la cara cubierta por un maquillaje blanco y los labios dorados. Se los había pintado de tal manera que parecían finísimos, casi invisibles; excepto la zona del arco del labio superior, maquillado tan exageradamente que el carmín casi le llegaba a la base de la nariz. Además, llevaba su pelo rojizo recogido en una diadema, de la que colgaba un juego de plumas negras. Se presentó a la clase sin timidez; hablando sinceramente sobre sus gustos. «Solo leo libros anteriores al siglo XIX», dijo. Y también: «Destacaría de mí que nunca he tenido novio o novia, ni me interesa tenerlo». Los demás atendimos a su desmesurada honestidad, impresionados; contemplando su rostro pálido, sus ojos rasgados de origen oriental y las plumas oscuras de su diadema agitadas por el aire que corría a través de la ventana.